

Discurso de D. Carlos Molina

Excmos. e Ilmos. señores; señoras y señores:

El hecho de que, en una fecha y en una hora tan señaladas, se haya congregado aquí tan crecido número de personas, constituye una inicial inyección de optimismo a los propósitos que nos guían. Las especiales circunstancias que han concurrido en la organización de este acto no eran, ciertamente, propicias a fomentar ilusiones respecto a la concurrencia. Permítanme, pues, que dé las gracias más sinceras por haber atendido la invitación. Y permítaseme también, que, después de agradecer a don José Antonio de Bonilla las benévolas palabras que me ha dedicado, comience formulando algunas precisiones sobre el carácter y la personalidad de los autores premiados.

La virtud sobresaliente en Juan Sánchez Caballero, es la modestia. Pero cuidado con los equívocos, porque muchas veces esa pretendida virtud no es sino el telón que encubre la mediocridad. No es éste el caso de Sánchez Caballero. Modestia, sí, por cuanto sus ambiciones son limitadas, porque él mismo conoce sus propias limitaciones y nunca se propone lo que sea superior a sus fuerzas. Modestia, es decir, carencia de presunción, de engolamiento, de autobombo; pero eficacia bien probada a lo largo de muchos años, sancionada hoy con un premio que, como no somos nosotros quienes otorgamos, está libre de sospechas de patriotismo.

Manuel Sánchez Martínez ha sido alumno de este Instituto; aquí hizo todo su Bachillerato de Ciencias. Pero, al final del mismo, se dio cuenta de que su vocación no eran las Ciencias, y entonces tuvo el valor y la voluntad de recomenzar su trabajo y ponerse al día en materias que ya tenía muy olvidadas, a fin de ingresar en la Facultad de Letras. Renunciar a la posible brillantez de una carrera científica y a sus consecuencias económicas, en aras de una vocación decidida; sacrificar los ingresos antes que traicionarse a sí mismo: el fenómeno es tan singular en nuestros días que bien merece unas breves reflexiones.

Es innegable el auge actual de los estudios científicos y técnicos. En el 99 % de los casos, nuestra capacidad de persuasión falla cuando, a un alumno que tiene real aptitud para las Letras, tratamos de convencerle de que siga por ese camino. El ha hecho ya su elección, fundada exclusivamente en razones crematísticas: ganará más —piensa— estudiando alguna rama de las Ciencias. La Matemática, sobre todo, es concebida como una especie de piedra filosofal capaz de transformar en oro todo cuanto toca, y ninguna cosa ajena a esta disciplina presenta ya el menor interés ni atractivo. Es inexplicable el hecho de que gran parte de los matemáticos tengan del mundo y de la vida una concepción tan burdamente prosaica. Familiarizados con los objetos ideales que constituyen su Ciencia, esta actitud de desdén hacia lo espiritual implica la grave sospecha de traición a las Matemáticas —como si un sacerdote no creyese en Dios—, o, lo que es más grave todavía, ignorancia radical de lo que constituye la auténtica esencia de las Matemáticas. El error consiste en valorar los números en calidad de fines últimos, cuando no son sino medios útiles para otros fines superiores: no son los números los que hemos de tener en tan alto aprecio, sino lo que los números nos permiten hacer.

La Matemática es el instrumento capital, la llave de la Técnica. Pero la Técnica, naturalmente, no es Ciencia; es sólo una cierta habilidad que puede adquirir a la perfección hasta un analfabeto. Que la Técnica haya alcanzado en la época presente niveles insospechados no es argumento sólido en pro de su valor, por cuanto da la casualidad de que los avances técnicos han sido conseguidos precisamente gracias al avance de los estudios especulativos. Anteponer la Técnica a la Ciencia es como concederle más importancia a la mano que al cerebro. Ciertamente existen máquinas prodigiosas capaces de resolver complicados cálculos en un segundo; capaces de realizar trabajos que exigirían el esfuerzo unido de muchas personas; capaces de traducir... Pero no olvidemos que esas máquinas son producto de la inteligencia humana y que, por consiguiente, la actitud del hombre que profesa la estúpida beatería de la máquina resulta tan absurda como la del que se construye una estatuilla de barro y la adora como a un dios.

El peligro de la actual civilización técnica y maquinista está en ese descentramiento, en ese despiste, en ese olvido de sí mismo, en esa

negligencia por el cultivo y perfeccionamiento de nuestra actividad espiritual, «sin las cuales, las máquinas y el Universo de Newton y de Einstein no existirían» (Carrel). El peligro está —y las estadísticas así lo confirman— en esa degeneración del hombre en sus aspectos intelectual y moral: son, por cierto, los países más avanzados técnicamente quienes proporcionan un mayor número de inquilinos a los manicomios y a las cárceles, sin contar los que andan sueltos por la calle, que son legión; son precisamente esos países quienes dan un mayor contingente de suicidas.

El remedio actual de la humanidad contra situaciones espirituales que llevan a esas consecuencias es, ya se sabe, la evasión, el espectáculo, preferentemente deportivo. Que la masa haya llegado a tales extremos constituye algo hasta cierto punto explicable, porque es muy difícil para el hombre sencillo o iletrado resistir la sugestión de una propoganda continua e intensiva, que canaliza sus ocios hacia la pura pasividad, sin enriquecer verdaderamente su espíritu; de ello es responsable no la propia masa inculta, sino quienes orientan a la masa por derroteros indudablemente cómodos, aunque equivocados. Gran pecado éste, repetido muchas veces en la Historia, y cuya lección aún no parece suficientemente aprendida: que el hombre no vive sólo de pan y de circo. Pero que esto mismo ocurra a personas cultas, a titulados universitarios o en otras brillantes carreras, es ya algo realmente inconcedible. El universitario parece que debía ser el hombre pertrechado intelectualmente para volverse hacia su propia interioridad, hacia ese fondo íntimo donde puede encontrar, frente a la gris mediocridad del mundo que le rodea, la vivencia de la emoción artística, del asombro por lo desconocido, la pasión por la verdad, la inquietud por la perfección, la apertura hacia lo trascendente; pero no ocurre así siempre. En el mejor de los casos —y no hablo, claro está, de individualidades excepcionales—, el universitario es un hombre que ha aprendido ciertas técnicas de trabajo intelectual (lo que no es poca cosa, si se tiene en cuenta la situación actual de la Universidad española), pero que no ha recibido orientación alguna para el desarrollo armónico de todas sus facultades espirituales. Y así tenemos hoy esa multitud de graduados, muy competentes quizá en una rama del saber, pero aislados de la realidad totalitaria del mundo, y que por ello adoptan una actitud de absoluto desdén, cuando no de abierta hostilidad hacia muchas cosas que no deberían serle ajenas. Parece

que el universitario debería ser el hombre íntegro a que aspiraba el Renacimiento; pero si prescindimos de su trabajo específico en el que invierte pocas horas del día, ¿en qué se diferencian sus horas restantes de las del común de los mortales? También hoy sus ocios son llenados, en la mayoría de los casos, por la televisión o por el espectáculo; es incapaz de organizar por sí mismo sus ratos libres, y no digamos del estudio que acrecienta su saber o, por lo menos, lo mantenga al día; no hablemos de la lectura reposada, de la práctica de una actividad artística. Cuando el hombre se amolda a ese estado de pasividad, cuando llega a admitir que los demás le arreglen y le programen hasta la manera de divertirse, cuando se olvida de que todo lo que no sea perfección es retroceso, ha abjurado voluntariamente de su jerarquía humana para convertirse en cordero de Panurgo. Pido perdón a los universitarios por esta diatriba; pero tengo pruebas abundantes de mis afirmaciones. Lo que, por otra parte, pretendo fundamentalmente es sacudir su indolencia y su indiferente pasividad, llamándoles a una colaboración que puede resultar beneficiosa para todos.

Por todo ello es singularmente aleccionador este ejemplo que nos ofrecen los dos autores premiados. Que en estos tiempos de prisas y de pluriempleos, de evasiones y de televisiones, dos hombres consagren más de un año de trabajos pacientes al estudio de unos documentos ignorados, revela su espíritu gracias a Dios poco utilitario, su convencimiento de que la utilidad es un valor ínfimo frente a la íntima satisfacción de la obra bien hecha.

Magnífica lección, también, de cómo debe escribirse la Historia. Porque —ésta es otra cosa— hoy la gente no conoce más Historia que la que cuentan los periodistas. Así, por ejemplo, los rusos invaden Checoslovaquia, y todos los periódicos del mundo (excepto los rusos, claro está) se rasgan las vestiduras ante esta «brutal agresión». Unos meses más tarde, los americanos invaden Camboya, y todos los periódicos del mundo (excepto los rusos, naturalmente) relatan el hecho como algo necesario para la paz de las naciones. ¿Qué pretensiones de científica puede tener una Historia escrita de ese modo? No. La Historia se escribe con un rigor que los periodistas desconocen; la Historia se escribe con respeto, con fidelidad, sin prejuicios, sin pasiones y sin compromisos políticos; y hasta las conjeturas que se adelanten deben



Solemne entrega del «Premio Cazabán, 1973». El consejero don Carlos Molina, leyendo su discurso.

ser lógicamente deducidas de las fuentes auténticas, con la misma fuerza demostrativa que un teorema de Geometría. Sólo así la Historia puede legitimar este título de «Maestra de la vida».

Crear en el magisterio de la Historia no es caer en la nostalgia de lo pretérito. Yo no pienso que cualquier tiempo pasado sea mejor; ni el mismísimo Jorge Manrique tampoco lo creía. Obsérvese que el poeta formula ese juicio haciéndole preceder de la siguiente expresión: «¡Cómo, a nuestro parecer...!» Es decir, no se trata de una afirmación categórica, sino de un parecer, de una apariencia; también es una apariencia el azul de la montaña lejana. Yo creo más bien que cualquier tiempo futuro será mejor. Lo creo porque me ha enseñado la Historia, ciencia exacta, que la humanidad progresa, muy lentamente, es verdad, pero progresa hacia la meta ideal de la libertad. Mañana será, por tanto, mejor que hoy, aunque en algunos aspectos parciales pueda haber un desfase o incluso un retroceso. Pero el mañana tenemos que construirlo nosotros, aprovechando las lecciones del ayer. Sería imperdonable que, conociéndolos, no enmendásemos los errores pretéritos, porque habríamos perdido una magnífica oportunidad de escarmentar en cabeza ajena.

Porque creo en la perfectibilidad del futuro, creo también que Linares será mejor cuando, además de su riqueza material, de sus industrias, de sus fuentes de trabajo, crezca, no digo paralelamente, sino por delante de ellas en cultura, en fineza espiritual, en inquietudes y preocupaciones. En este sentido, la Delegación del I. E. G. aspira nada más y nada menos que a ser vehículo de las inquietudes espirituales de nuestro pueblo; tienen que existir, pues, esas inquietudes, porque, de lo contrario, el vehículo está condenado a marchar siempre vacío. Los autores del trabajo premiado, citando palabras de Fèbvre, reafirman que el objeto, el protagonista de la Historia no es el hombre, un hombre, sino la colectividad, el grupo humano. Por tanto, no el hombre o los hombres que estén al frente de ello, sino el grupo humano de Linares será el auténtico protagonista de esta tarea. Y es evidente —también esto constituye un axioma de la Historia— que en todos los grupos humanos son los intelectuales quienes trazan las líneas generales de conducta, para su salvación... o para su ruina. No basta, pues, con querer vagamente que Linares sea mejor; tenemos que hacerlo mejor, empezando por mejorarnos cada uno en nuestra propia esfera. Si no nos gustan

ciertos aspectos de Linares, está claro que no basta con manifestar nuestro descontento: tendremos que hacer algo positivo para mejorarlo. La inhibición, el pensamiento derrotista de «que lo arreglen los demás» nos conducirán fatalmente a la languidez, al abandono y, por fin, cuando ya Linares nos resulte insoportable, a la emigración colectiva. Estoy convencido de que lo más grave para un pueblo no es que desaparezca una determinada fuente de riqueza mineral; lo verdaderamente grave es que desaparezcan o se encierren en sí mismos, como el caracol, los hombres inteligentes que pueden —y deben—, con su talento, con su esfuerzo, crear nuevas fuentes de prosperidad, nuevos cauces de bienestar y perfección en todos los órdenes.

Por todo ello, me atrevo a formular una petición, aun a riesgo de que, así, a primera vista, pueda parecer subversiva. Que nadie se alarme; como en el caso de Jorge Manrique, se trata sólo de una apariencia. Hemos quedado en que el pretendido remedio a la aridez espiritual que caracteriza el ambiente de nuestra época es el espectáculo masivo, la diversión programada (ignoro los fines concretos que persiguen los programadores de esta campaña, aunque no me cuesta trabajo imaginarlos); pero «diversión» es fragmentación, hacer diverso y múltiple lo unitario. Está claro que, al romper la unidad de aspiraciones y de esfuerzos, se quiebra automáticamente la eficacia de logros trascendentales. Menos diversión, pues, en nuestros ratos de ocio; menos espectáculo que embota la inteligencia en la noche de la vulgaridad, donde todos los gatos son pardos; menos evasiones triviales, que constituyen una claudicación de nuestros primordiales deberes. Más reflexión, más preparación y más estudio; más entrega a las tareas comunes verdaderamente importantes; más preocupación y desvelo por aquellos aspectos de nuestro pasado que puedan resultar aleccionadores; por las realidades de nuestro presente; por nuestros problemas futuros, cuya solución corresponde fundamentalmente a nuestro espíritu de iniciativa.

Manuel Sánchez Martínez y Juan Sánchez Caballero nos han dado la pauta de cómo debe laborarse por conseguir para Linares honores y recompensas ganadas en buena lid: trabajando en silencio, con entusiasmo, con inteligencia, con tesón; trabajando conjuntamente, en íntima armonía. Este éxito suyo, que hoy todos compartimos con orgullo, ya no hay quien nos lo arrebatase, porque ésta sí que es una conquista dura-

dera. Si el espectador vociferante del campo de Linarejos sale diciendo, al final de un partido: «¡Hemos ganado al...!», y se coloca en su propia cabeza los efímeros laureles conseguidos por unos señores importados de los cuatro puntos cardinales, me parece mucho más racional y más legítimo que nosotros proclamemos hoy: «Hemos ganado el premio Cazabán». Al menos, en este caso, los autores del «gol» son linarenses por los cuatro costados, han tratado un tema linarense utilizando el archivo linarense, y han recibido en su propia ciudad natal el merecido galardón, con lo cual el acto de recompensa individual se diluye, en cierto modo, entre todos quienes estamos presentes e incluso entre quienes no lo están. Y esta es una delicadeza que nunca agradeceremos bastante al I. E. G. y a su director, de quien ha partido la iniciativa. El director del Instituto de Estudios Giennenses está convencido de que Linares posee suficientes recursos espirituales como para mantener decorosamente una Delegación del Organismo. Este juicio formulado sobre nuestras aptitudes constituye para nosotros un auténtico reto: si no respondemos adecuadamente a tan benévola valoración, habremos de aceptar una derrota en la que no cabrá el consuelo de culpar a nadie, sino a nosotros mismos.

Vamos pues, entre todos, a intentar que el nivel cultural de Linares se eleve y se difunda. Esta es nuestra misión. Está claro que queda fuera de nuestros propósitos cualquier tarea de finalidad política, aunque también está fuera de duda que hasta la política puede modificarse cuando una poderosa corriente de opinión, cuando un ambiente cultural adecuado hacen sentir su peso y su fuerza. Y en este punto creo que todos estarán de acuerdo conmigo si afirmo convencidamente que no hay fuerza más poderosa, que no hay peso más incontenible que una inteligencia cultivada y una voluntad sin desmayo.